

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR

J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:

Suscripción anual:
\$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

“La estatua de Sal”

de Humberto DIAZ CASANUEVA

(En el Rep. Amer.)

Hay algo de terriblemente profundo y significativo, algo de mágico y estelar, algo que trasciende lo estrictamente literario en esta poesía que Humberto Díaz Casanueva nos ofrece en su nuevo libro *La Estatua de Sal*. El lenguaje habla aquí no con las lenguas de fuego de los profetas bíblicos, ni con las de oro de los Upánishads, ni con las de jade del Tao-Teh-King sino con lenguas de aguas transparentes y glaciales. Es un lenguaje bello y simbólico cargado de imágenes tumultuosas como olas desfilando en una playa remota y espectral, lenguaje con el cual el poeta parece querer expresar muchísimo más de lo que aun en su “supra-realidad” expresa. Ya desde su Introducción nos deja entrever una fracción de su universo creador, alza una punta del velo ísico, labra una grieta en el muro musgoso de la caverna y al través de esa hendidura pareciera revelarnos que todo el poema no es otra cosa que un doble diálogo dramático de su alma con el alma cósmica de la cual salió y a la cual ha de retornar un día por una parte, y con el cuerpo y el mundo en que éste vive, por la otra. En aquel dilema aciago en que el alma desprendida del cuerpo en estado de trance parece ya totalmente seccionada de la vida y transformada en la “estatua de sal” que miró atrás y vió “las mareas destructoras”, triunfa sin embargo finalmente la vida: “el cantor abomina de su sueño, acepta su expiación y elige su vida delante de su muerte”. Tal nos ofrece Humberto Díaz Casanueva el meollo y síntesis de su poema. Pero, ¿es esto solamente? ¿Es sólo una prodigiosa introspección, una zambullida nada más en las honduras cósmicas del subconsciente, una revelación mística obtenida en un estado de sublime trance? ¿Un fruto del azar, sin planeamiento ni mensaje? ¿O es algo más? He aquí la duda que tempranamente nos asalta. Pero, esa duda tarda bien poco en disiparse. Leyendo y releendo cuidadosamente los cuatro Cantos de este libro, comprendemos luego que su clave encierra muchísimas más cosas que las que a primera vista pareciera. Digamos desde ya que, a juicio nuestro, es todo el problema del destino humano el que el poeta nos plantea aquí en forma criptogramática como para que la entiendan sólo aquellos que sepan ver: no todos los que tienen ojos sino aquellos que, además, “ocultan saetas despiertas bajo los párpados”. Hay algo de dántico y de osírico a la vez en la textura y raíces de este poema, algo fundamentalmente religioso, mágico en el gran sentido de la palabra y casi diríamos aun sagrado. En el Canto Primero el poeta escucha el llamado de la Muerte, es tentado por las potencias nocturnas: “Siervo del tiempo contado, ¿quieres ver

tu muerte en tu entraña profunda?, ¿la vida que en ella acontece, la marea insondable?” El epígrafe de *The Book of Thel*, de W. Blake es, por lo demás, harto elocuente. Las fuerzas oscuras llaman y llaman, y el poeta, preso en el telar cósmico, escucha y vacila. En el Canto Segundo el poeta acepta la invitación de las sirenas negras y como Orfeo, desciende en el reino de las sombras. El trozo de uno de los “Sonetos” de Rilke que sirve de epígrafe a este Canto bastaría de igual modo para dejarnos entender que el artista recoge el desafío y conviene en lanzarse a la aventura de un viaje cuyo término y trasunto él ignora: “Sólo aquel que alzó la lira también entre las sombras puede expresar presintiendo el elogio infinito. Sólo aquel que comió con los muertos la amapola que ellos poseen no volverá a perder jamás el más leve de los sonidos”. La alusión al mito órfico es evidente en la paráfrasis rilkeana. El Canto Tercero es un viaje tremendo y pavoroso por el mundo de las sombras, por el “Amenti” egipcio. El poeta avanza, como el nadador cansado y extraviado, con toda la angustia de aquel que no sabe si está vivo todavía o es ya un muerto, si habrá de regresar a la vida un día o si “detrás ya no hay nada, ni siquiera la necesidad de la muerte”. Voces intercaladas en este monólogo del alma parecen representar por una parte el llamado de los seres queridos que invitan desde la ribera opuesta, desde los muelles de la vida y por otra los apóstrofes que el poeta mismo lanza a ciertos seres o categorías de personas. En plena orgía desintegratoria, el cantor grita, con Shakespeare: “Apágate, leve llama”. El Canto Cuarto es indudablemente la resurrección del alma, es Osiris retornando del Reino de las Sombras, es Adonis resucitando en la flor sobre la soleada pradera, es Attis encarnando en la espiga, es Dionysos trascendiendo en los racimos, es la vida triunfante al fin sobre la aniquilación de la muerte. “—¿Estás ahí?”, grita una voz, y el poeta responde: —Sí, aquí estoy yo, el eterno retoño, aquí estamos al atisbo del hermoso verano. Nótese cómo emplea un símbolo vegetal y adónico: “el eterno retoño”.

Y agrega más adelante:

“...He de vivir por vez primera en este día
[cierto
Con mi muerte cautiva.
He de caminar al encuentro de las cosas y de
[los seres.
¡Reproducitlos!
¡El mundo! ¡El mundo!
De nuevo la luz asciende como un casco de
[bronce
sobre el guerrero en el corpulento caballo.

*El topo deslumbrado abre las puertas
Y salgo en cuerpo y alma
Avanzo hacia el coro.
¡Oh seno de la vida! ¡Oh velo arrancado!
¡Los vivos nos necesitan vivos!
¡Los muertos nos necesitan vivos!
El corazón aplacado coloca en sus huecos
Los ardientes rostros de los hombres!*

Comenzando con una descripción insuperable de los llamados “estados intermedios”, de aquellos pasos “en el umbral” de que hablan los adeptos e iniciados, columpiándose el alma entre la vida y la muerte, a partir del poema XV, este Canto Cuarto se transforma en una maravillosa sinfonía, un himno lumíneo y triunfal, un coro que saluda el retorno de aquel que había partido. El alma viajera que estaba cargada de polvo y telarañas mortales, el alma que anduvo disuelta y vagabunda en medio de océanos de sombra y de seres de hielo y nieve, encuentra de nuevo el camino hacia la luz y hacia la vida. Y el poeta danza como Siva joven que danzó en la creación del mundo que lo recibe alborozado: “Aquí en la tierra, aquí tiemblo sobre ella, como un palillo sobre la piel del tambor”.

Humberto Díaz Casanueva que en *Requiem* había parecido abrazarse a la muerte con abrazo indestructible, el poeta cuya alma era ya la “estatua de sal” hecha de lágrimas cristalizadas, se libera del lazo siniestro y sombrío y “ávido de creer y de obrar” ensaya el “retorno a la casa de los días”. El trance ha pasado pero toda la experiencia de los mundos ha sido recogida como un viento de océano en el caracol receptivo del alma del poeta. No es Lázaro resucitado con todas sus podredumbres sino Dionysos renacido en toda su lozanía. *La Estatua de Sal* se ha florecido como aquellas otras estatuas de tierra morena con que los pueblos mediterráneos representaban a Adonis durante las fiestas del Solsticio Vernal y que se cubrían de flores como aquel “tapiz verde y florido” que decían los “Himnos” del Nuevo Imperio egipcio al describir las estatuas vegetales de Osiris resucitado.

Si esta interpretación es exacta quiere decir que Díaz Casanueva ha escrito uno de los más grandes poemas religiosos de nuestro tiempo y mediante un acto de magia poética ha dado forma literaria a algunas de las más altas más depuradas verdades filosóficas de todos los tiempos. Pues el alma retornada de la muerte ha aprendido, entre muchas otras cosas, que su deber, mientras viva es “cantar en coro”, vale decir recordar al cantor que él no está solo en el mundo sino rodeado de “próximos” o “prójimos” —según explica Gabriela Mistral— a quienes debe solidaridad, simpatía, ayuda y amor. Del sarcófago helado, del hipogeo fantasmagórico, el alma del poeta vuelve a “la casa de los días” y se apresta a participar en el canto coral de la Humanidad ávida de vida.

Juan MARIN.

El Cairo. Abril de 1948.